

MI «DON LOPE DE SOSA»

Por Antonio Gallego Morell

ALFREDO Cazabán Laguna y mi padre —Antonio Gallego Burín— mantuvieron a lo largo de sus vidas una ejemplar amistad. Al filo de una asidua correspondencia Jaén y Granada dialogan de cosas de arte, de historia, de literatura. Es la época de los eruditos locales, de las revistas que van trazando, día a día, la biografía cultural de una ciudad, de los fervores por las cosas menudas, por los detalles, por los matices; es la herencia modernista del valor cultural de la «nuance». En más de una jornada de anginas, o falsa apendicitis, los tomos de «Don Lope de Sosa» venían a mi cama infantil junto con otros de «Blanco y Negro» o «Mundo Gráfico». Ese era mi «Don Lope de Sosa», el de la revista de Cazabán. Todavía no sabía que existía el otro, el que dio nombre a la revista.

En Granada, don Francisco de Paula Valladar trabaja en la columna de su revista «La Alhambra»; en Jaén, Cazabán hace lo propio con su «Don Lope de Sosa». Y los dos han salvado muchos años de historia local. Había en sus tareas una paciencia impresionante, un cariño que emociona, una curiosidad tan despierta y ágil como la que animaba en los círculos de las revistas de la vanguardia juvenil que vendría tras de ellos.

Minuciosamente anota Cazabán, en su revista, cuando los estudiantes de Granada, de la mano de Domínguez Berrueta, visitan año tras año, Ubeda y Baeza: En una de esas excursiones iba mi padre y conoció entonces a Cazabán. Desde entonces la amistad entre ambos se mantuvo avivada por el hecho de ser mi padre oriundo de la provincia de Jaén. Cuando, en 1925, publica mi padre su libro sobre *José de Mora*, Alfredo

Cazabán reproduce en su revista una fotografía de la «Dolorosa» de Mora, en la Magdalena de Jaén y extracta en un atinado artículo cuanto sobre dicha obra se recoge en el libro del profesor granadino. El artículo publicado en «Don Lope de Sosa» se reproduce en los diarios «La Regeneración» de Jaén y «La Vanguardia» de Barcelona. Porque así trabajaba Cazabán: detectando referencias a su tierra y proyectándolas de nuevo empujadas con su entusiasmo.

Ahora, cuando se recuerda a Cazabán tengo interés en que mi nombre figure entre los que también empujan su obra y su figura a nuestro hoy. Porque mi «Don Lope de Sosa» no es el recuerdo de una revista trasnochada y pintoresca. Sus tomos, encuadernados con las pastas originales en rojo y oro, pregonan una época a la que cada día nos volveremos a acercar con respeto y admiración. «Don Lope de Sosa» fue una época del Jaén cultural. Sin esa revista no podríamos acercarnos al Jaén de entonces. Los eruditos locales eran una institución que ya no se mantiene entre los jóvenes. Es más brillante, más pedante, más falso, interesarse exclusivamente por lo que se hace más allá de nuestras fronteras; pero es que estos eruditos se interesaban lo mismo por la conferencia del día anterior en el círculo de su ciudad y por unos juegos florales en Colonia, lo mismo por el cuadro de la sacristía de la iglesia de su pueblo que por una escultura en un museo de París. Y cuando fotografiaban el punto exacto del nacimiento del Guadalquivir aireaban la fotografía como si fuese la de un ser vivo. Cazabán era el Jaén de entonces, y el hilo que unía su revista a Granada pasaba por la casa de la plaza de Santa Ana de mi niñez. Ese era mi «Don Lope de Sosa»; el otro, el de «Sabrás, Inés hermana...» vino después.